

Noé no hizo más que lo que era capaz de hacer. Si la orden de reunir todos los animales se hubiera intimado á otro, que dispusiera de muchos mejores medios que Noé, por ejemplo, á Alejandro Magno, ó al emperador Augusto, hubiera ciertamente reunido la más rica colección que se habría visto jamás, y sin embargo, faltarían allí todos los animales desconocidos entonces en Europa, y que se hallan exclusivamente en América y Australia. ¿Debió pues ser más completa la colección zoológica de Noé?» «Los animales que Noé no conocía, añade el Sr. Vigouroux (1), no existían para él. No tenemos ninguna razón para suponer que Dios le había revelado sobrenaturalmente la existencia de animales que no había tenido nunca la ocasión de ver, y de los cuales jamás había oído hablar. Nada hay que nos muestre tampoco que se le mandara reunir otros, más que los que estaban en la misma región que él.»

Como el fin del diluvio era exterminar á los hombres, en castigo de sus pecados, una vez logrado ese objeto, todos los animales que vivían en parajes inhabitados, y que podían subir por los grandes montes á una altura suficiente, estaban, por el mismo hecho, libres de los desastrosos efectos del gran cataclismo, y no tenían necesidad de refugiarse en el arca. Admitiendo pues que sólo entraron

(1) *Manuel biblique*, t. I, p. 559.

en esta los animales conocidos por Noé, queda desvanecida toda sombra de dificultad, y la objeción carece de fundamento.

Los animales desconocidos vivieron siempre en sus respectivos países, y no vinieron á donde estaba Noé. Así muchos de ellos, que vivían sólo en los valles y países bajos, y no acertaron á subir á las altas montañas, perecieron completamente; mas la inmensa mayoría de las especies se salvaron en los parajes preservados de la inundación, y de allí se fueron extendiendo por todas partes después. Por lo que hace á los animales conocidos de los Hebreos, ninguna dificultad hay en hacerles partir del monte Ararat.

2.º *Argumento.* Todas las aguas del globo, no son nada en comparación de las que se necesitarían para recebrirle de una capa de cerca de 9000 metros de altura, que es la de las más elevadas montañas. Si se recurre al milagro y se hacen intervenir *aguas celestes*, que cayeran en forma de lluvia, entonces es preciso reconocer que la presión atmosférica se hizo centenares de veces mayor que la ordinaria, y que apenas ningún organismo animal la podía soportar.

—Pues bien, como esa dificultad se halla únicamente en la hipótesis de la universalidad absoluta (1), dejamos á sus partidarios que la resuelvan, si pueden.

(1) V. Pfaff, *Schöpfungsgeschichte*, p. 750; y *Les Livres Saints et la critique rationaliste*, t. III, p. 481 y siguientes.

En nuestro sistema no se necesita más agua que la que exige la Geología, para que se produjera esa inundación, que, si bien fué general, alcanzó muy variadas alturas; pero siempre incomparablemente menores, que las que arriba se suponen. La mayor á que llegó, en Europa, no pasa, según los datos científicos, por encima de unos 1500 metros; en el Asia fué mucho mayor, pero tampoco se ha hallado que excediera de unos 3500. La ordinaria, en toda la tierra, no podemos saber cual fué; probablemente no debió llegar siquiera á 1000. Si en esto hay dificultades, que las resuelvan los geólogos, que son los que nos enseñan semejante inundación. Esta es cierta, y científicamente comprobada; el cómo debió verificarse, es otra cuestión muy distinta, cuya resolución pertenece también á la ciencia. Nosotros hemos procurado, en su debido lugar, resolverla; y creemos haberlo hecho de una manera muy natural y sencilla, y apoyándonos en razones bastante sólidas. Pero si nuestra solución no satisface á algunos, que busquen otra mejor. Por ahora nos contentamos con el hecho irrecusable, que nos muestra la Geología, conviene á saber, una inundación extraordinaria y universal, que alcanzó muy variadas alturas. Esto nos basta.

Por lo que hace á la presión atmosférica, creemos que apenas debió exceder á la ordinaria. El agua, en su mayoría, provino de

una invasión de la mar, bien confirmada por la ciencia. Por otra parte, la lluvia no cayó toda de repente, sino que lo fué haciendo por espacio de cuarenta días; nunca hubo pues en la atmósfera una extremada cantidad de vapor, porque este, á medida que se iba produciendo, saturaba el aire, se condensaba y caía. Así pues, siendo la menos considerable, la porción de agua que provino de las torrenciales lluvias, y no permaneciendo esa de seguida en la atmósfera, sino que á proporción que se iba desprendiendo de la superficie de los mares, se iba depositando sucesivamente por espacio de cuarenta días, tenemos que la presión atmosférica apenas pudo exceder á la normal.

3.^{er} *Argumento.* Una inundación tan extraordinaria y prodigiosa no halla explicación en la ciencia; no puede asignarse una causa capaz de producir tan terribles lluvias y tan desoladoras invasiones de la mar.

—A esto respondemos, que la inundación se verificó realmente, que las aguas invadieron toda la tierra, alcanzando, en algunos puntos, hasta 3500 metros de altura; esto es un hecho positivo, demostrado por la Geología; y este es el diluvio que defendemos nosotros. Ahora bien, del hecho á la potencia, la consecuencia es rigurosa; existió el diluvio; luego pudo realizarse, y hubo causas suficientes para ello. Si no bastaron las naturales, es preciso, á toda costa, recurrir á las

sobrenaturales, que tanto asustan á nuestros enemigos.

Entiéndanse pues con ellas, si dicen que no hay causa física capaz de producir el gran cataclismo. Nosotros, sin embargo, creemos que un fenómeno puramente natural, la aparición del sistema de los Andes, bastó para determinarlo; quien no quede satisfecho de esa causa, puede determinar otra mejor, si es que la halla y logra probar que intervino realmente; y sino, que se resigne á reconocer, por voluntad ó por fuerza, la intervención directa del orden sobrenatural.

Lejos de poderse nos argüir, en nombre de la ciencia, contra la realidad del diluvio, nosotros somos los que en nombre de la ciencia tenemos derecho á exigir, y exigimos, que se reconozca esa prodigiosa inundación universal, con las causas y efectos que le hemos asignado á su tiempo.

4.º *Argumento.* Si en realidad se hubiera verificado esa inundación prodigiosa, no podría menos de producir cierta mezcla y confusión en las faunas lacustres y fluviales. Sin embargo los zoólogos encuentran en cada cuenca una fauna distinta y característica.

—A esto respondemos que no sólo no existe en realidad esa distinción perfecta de faunas, sino que la confusión, en ellas producida por el diluvio, es tan notable, y salta tanto á la vista, que tiene en gran manera preocupados á los más ilustres partidarios del centro úni-

co de creación ó de aparición de cada especie, los cuales no aciertan á darse cuenta de un fenómeno tan extraño, y, al parecer, tan en oposición con su grandiosa y razonable teoría.

«Debiera esperarse, escribe Claus (1), que los lagos y ríos separados por espacios de tierra, ofreciesen cada uno cierta población particular; pero lo que sucede es precisamente lo contrario. No sólo hay numerosas especies de agua dulce, que tienen una distribución muy extensa, sino que hay formas vecinas que prevalecen de una manera notable en el mundo entero. Günther ha mostrado que aun las mismas especies pueden hallarse en las aguas dulces de continentes muy alejados; así un pez, el *Galaxias attenuatus*, habita la Tasmania, la Nueva Zelanda, las islas Falkland y la América del Sur. Los *Phyllópodos* pertenecientes á los géneros *Estheria*, *Limnadia*, *Apus Branchipus* se han esparcido por todas las partes del globo; lo propio sucede con numerosas especies de Moluscos de agua dulce... Tienen un interés muy particular una serie de ejemplos que esclarecen la suerte y las modificaciones de los peces y los crustáceos en las aguas separadas lenta ó bruscamente de la mar y transformadas en lagos. Observaciones de este género han sido

(1) *Eléments de Zoologie*, trad. de Moquin-Tandon, p. 239 y siguientes.

hechas por Lovén con respecto á los animales de los lagos VVener y VVetter, que *presentan gran analogía con los del Océano Glacial ártico*, y por Malmgreen con respecto á los del lago Ladoga. Según este último naturalista, el *Salmo salvelinus* de los Alpes *proviene del mar polar*, y es muy vecino del *Salmo alpinus* de Noruega. Los lagos italianos encierran un gran número de especies de peces y de crustáceos, que llevan el carácter de la fauna mediterránea *y aun de la mar del Norte* (*Blennius vulgaris*, *Atherina lacustris*, *Telphusa fluviatilis*, *Palaemon lacustris*, *P. varians*, *Sphaeroma fossarum* de las lagunas pontinas) de tal suerte, que se ve uno forzado á concluir que hubo allí en otro tiempo comunicaciones con la mar, las cuales se rompieron más tarde por un levantamiento.» Las comunicaciones con la mar, debemos añadir nosotros que son evidentes; ese hipotético levantamiento posterior, no sólo carece de pruebas, sino que es del todo improbable.

«En Grecia, prosigue Claus, en la isla de Chipre, en la Siria y en Egipto, viven también en agua dulce tipos aislados de crustáceos marinos (*Telphusa fluviatilis*, *Orchestia cavimana*, *Gammarus marinus*, var. *Veneris*), y en el Brasil se encuentra un número de ellos mucho más considerable. En fin, el mar Caspio posee una verdadera fauna marina, á la que pertenecen numerosas especies de gusanos, de crustáceos y de moluscos marinos.»

Estos hechos y otros muchísimos análogos que pudiéramos citar, son de todo punto inexplicables, sin recurrir á una inundación universal y portentosa, que en todas las partes del globo y en una época muy reciente produjera una extraña mezcla, no sólo de unas aguas dulces con otras, sino también de las aguas marinas con las terrestres. El mismo Claus, cuyo testimonio es bien poco sospechoso, lo viene á reconocer claramente cuando dice (1): «Es preciso tener en cuenta la acción de ciertos modos de transporte extraordinarios, tales como las *inundaciones*, *las mareas*, *los torbellinos*, que trasportan los peces vivos, las plantas, lo mismo que sus semillas, de la cuenca de un río á la de otro... Así es como se podría explicar la gran diferencia que existe entre los peces que viven en las dos vertientes opuestas de una larga cadena de montañas, que desde un período muy remoto, debió separar diferentes cuencas, é impedir la reunión de sus distintos cursos de agua.»

Y en efecto, como esas grandes cadenas fueron los únicos lugares que no quedaron completamente inundados con las aguas del diluvio, fueron también las únicas barreras infranqueables que pudieron impedir la extraña confusión de faunas que aquel tendía á producir en todas partes, en el seno de las aguas terrestres.

(1) *Lug. cit.* p. 240.

Lejos, pues, de poderse nos aducir las faunas lacustres y fluviales, según han pretendido algunos, (1) como un argumento en contra del diluvio universal, hallamos en ellas una prueba de las más poderosas, que por sí sola bastaría á obligarnos á reconocer la realidad de aquel gran acontecimiento.

Esa chocante confusión y mezcla de unas faunas de agua dulce ó salobre con otras y aun con las marinas, producida en una época muy reciente, y en todas partes, á no ser en las vertientes opuestas de las grandes cordilleras, demuestra de la manera más clara que hubo una inundación universal que lo cubrió todo, excepto las más elevadas montañas. (2)

A estas objeciones de la impiedad, nos vemos, con profundo sentimiento, obligados á añadir las de un sacerdote celoso y de ciencia nada vulgar.

El Sr. Lambert, como doctor en Teología, y como geólogo afamado, tuvo el buen deseo de concordar la verdad de nuestra fe con los datos de la ciencia; pero lo hizo con tan poco acierto y con tan fatales auspicios, que dejándose llevar solamente de su atrevida ima-

(1) Véase, entre otros, al eminente geólogo anónimo, invocado por el Sr. Jaugey en *La Science Catholique*, Diciembre de 1887.

(2) Otro argumento análogo, aunque no tan decisivo, pudiéramos deducir de la confusión que el diluvio produjo también en las faunas fitológicas, especialmente de Europa.

ginación, vino á mostrarse, no siéndolo, mal geólogo y pésimo teólogo. Su diluvio no es el diluvio de Moisés ni el diluvio de la Geología; es un diluvio puramente imaginario, que pugna, al mismo tiempo, con la fe y con la ciencia.

5.º *Argumento.* Afirma pues el Sr. Lambert (1) que «Moisés no dijo otra cosa sino que hubo, al principio de los tiempos, una época en que el hombre fué sorprendido por una inundación, que invadió toda la tierra.» — «Y esa inundación universal en sus resultados y sucesiva en su desarrollo (que, según él, nos muestra la Geología), ¿podrá estar en contradicción con la palabra de Moisés? El diluvio sucesivo durante el mismo período (cuaternario) ¿acaso no fué universal y no destruyó al hombre?» (2)

(1) *Le Déluge mosaïque*, 2.ª edición, p. 400.

(2) *Id. ibid.*, p. 481. El abate Lambert tuvo la suerte, poco envidiable por cierto, de ser alabado por el mismo furibundo Mortillet, distinción que ningún otro eclesiástico, á no ser el Sr. Bourgeois, ha merecido. Con motivo de su muerte, escribía el impío director de *L'Homme*: «Lambert, eclesiástico, profesor de Historia natural, buen geólogo, que por profesión debió hacer concordar la ciencia y la Biblia. Se ocupó principalmente en el diluvio. Teniendo conocimientos serios, es sin duda alguna el autor que ha tratado menos mal esta cuestión. Así Maignan (sic), obispo de Chalons-sur-Marne, le ha consultado mucho, según se dice, cuando quiso él mismo escribir también sobre este asunto, insoluble como la cuadratura del círculo.»

Bastan estas palabras para dejar perfectamente acreditado al bueno del Sr. Lambert, no ya como teólogo, sino como sim-

— Parece imposible que quepa en cabeza humana una obcecación más grande. Decir que el diluvio universal de Moisés, que *duró solo un año*, no es otra cosa más que una serie de inundaciones *parciales y sucesivas que duran todo el inmenso periodo cuaternario*, es tanto como decir que la noche no es otra cosa sino el día, y que el *sí* es lo mismo que el *no*.

Con esa serie de inundaciones parciales, ¿cómo iban á perecer todos los hombres, si mientras las aguas invadían una pequeña localidad, todo lo restante de la tierra quedaba libre? ¿Qué significa en ese imaginario diluvio el arca de Noé, fabricada con tanto cuidado? ¿Por ventura el patriarca y sus hijos, con todos los animales que con ellos estaban, estuvieron flotando todo el período cuaternario?

«Mi fe, mi conciencia, mi razón y, me atrevo á decir también, mi ciencia, escribe con gran indignación y sobrada justicia el abate Moigno (1), me fuerzan á decir que el diluvio geológico del Sr. Lambert es en realidad la negación del diluvio mosaico, y que entraña además contradicciones fastidiosas y serios peligros.»

Pero no sólo fué directamente contra la fe

ple geólogo. Por lo menos en la cuestión del diluvio debió lucirse como el oso bailarín de la conocida fábula de Iriarte.

• V. Hamard, en *La Science Catholique*, Enero de 1888, páginas 131 y 132.

(1) *Les Livres saints*, p. 462-463.

en sus afirmaciones atrevidas, sino que hizo otro tanto con la ciencia. Para él los efectos del diluvio deben reconocerse en el *diluvium gris*. «Pues bien, ¿cual es la altura asignada por la ciencia al *diluvium gris*? En su *Geología* (1) el Sr. Lambert dice que la potencia del diluvium alcanza de 6 á 8 metros. Es un poco más generoso en su *Diluvio*, donde dice (2): «El terreno diluvial no existe jamás sino en los valles, en las planicies de las colinas y, hasta cierta altura, en las montañas, raras veces alcanza de 300 á 400 metros sobre el nivel de la mar.» ¡Pobrecito diluvio, que pequeño es! ¿Cómo había de poder ahogar ni á un solo hombre, que sabe evadir mayores peligros?» (3)

¿De dónde ha sacado el Sr. Lambert que el terreno diluvial no se halla de 400 metros arriba sobre el nivel de la mar? (4) Lo que nos

(1) *Geologie*, p. 208.

(2) *Le Déluge mosaïque*, 1.^a edic. p. 121.

(3) Moigno, *obra citada*, p. 464.

(4) Lo más curioso y chocante es que este error del señor Lambert ha cundido de una manera pasmosa; su autoridad de geólogo notable, como miembro que era de la *Sociedad Geológica de Francia*, hizo que sus más gratuitas afirmaciones fueran aceptadas sin discusión por sabios más eminentes todavía. Fundado en el testimonio del abate Lambert, afirma el mismo Sr. Moigno (en su *carta al Univers* del 27 de Agosto de 1873) que *el terreno diluvial no se eleva apenas más de 300 metros*. El célebre abate Vigouroux reproduce estas palabras, con muestras de aprobación. *Manuel biblique*, t. I, página 548. El abate Motais halla, en el infalible testimonio del geólogo Sr. Lambert, su principal fundamento para negar, en

dice la Geología es que se le halla hasta en alturas de 1500 metros en Europa y de más de 3000 en el Asia y en América, como dejamos probado.

Pero eso no necesita de pruebas, basta subir á una montaña y observar, y hallaremos el diluvium aun en alturas elevadísimas. Atendiéndonos á estas localidades, la caverna de

nombre de la ciencia, la universalidad del diluvio. Sus palabras, escritas con aire marcial, merecen consignarse, para muestra de lo sólida que es casi siempre su argumentación. «La Geología, escribe (*Le Déluge Biblique*, p. 229), pronunció muy luego su fallo, y si quiere saberse cual es, ábrase la obra *Le Déluge mosaïque*, del Sr. abate Lambert. El Sr. Lambert es un geólogo, y su obra no es solamente una obra de ciencia, lo es también de apologética. Sus confesiones son completas. Cuando, fijos los ojos en las capas geológicas *cuaternarias*, se pregunta si hay pruebas, qué es lo que he dicho? trazas de un diluvio universal, simultáneo; responde, *con todos los sabios!*... (*Risum teneatis!*) que las capas diluviales son, en su mayor parte, sucesivas, y que *en vano se buscarán esas pruebas y esas trazas!*... Cuando, puestos los ojos en las crestas de las montañas, busca depósitos diluviales, lo que comprueba es su *universal ausencia*. MÁS ALLÁ DE 300 ó 400 METROS YA NO LAS VUELVE A ENCONTRAR (!...) Establecido sobre estas bases, se sabe á dónde llegó?, ¿A dónde había de llegar?... Poco más ó menos á donde el Sr. Motais, á negar las verdades más trascendentales y más palmarias, porque un gran error lleva á otro error aun más grande, según las reglas ordinarias de la pobre inteligencia humana.

Pues bien, el abate Robert, que es capaz de creer, á su vez, en la infalibilidad del Sr. Motais, su maestro, cita las sobredichas palabras, con todas las muestras posibles de respeto y aprobación. (V. *La Non-Universalité du déluge*, p. 54.)

Y aun en afamados geólogos tenemos idea de haber leído que el *diluvium* no pasa de 300 ó 400 metros de altura, sin que se adujera otra prueba más que la dichosa autoridad del

Aitzquirri, tan abundante en restos del *Ursus spelæus* y tan célebre, por ser un modelo acabado de formaciones diluviales, se halla á la altura de más de 580 metros sobre el nivel de la mar. En otras varias cavernas que existen cerca del Santuario de Aránzazu, la formación del diluvium adquiere también gran potencia, y eso que algunas se hallan á cerca de 800 metros de altura. (1)

Sr. Lambert. Las consecuencias de tan aventurada y peregrina afirmación han sido, y continúan siendo, funestas en sumo grado. ¡La verdad del diluvio universal ha llegado á vacilar!... ¡Qué responsabilidad tan grande en aquellos, que, gozando de reputación, ni aun en las cuestiones más graves saben medir sus palabras, y se atreven á emitir, sin el menor fundamento, opiniones de capital trascendencia!

Pues bien, este contagioso y trascendental error debió sin duda alguna nacer de una equivocación en la lectura de aquellas palabras de Marcel de Serres, que dicen (V. *La Cosmogonía de Moisés*, t. I, cap. II, época VII): «Los depósitos diluviales, lejos de estar diseminados sobre las más altas montañas, nunca exceden á lo más de 3.000 á 4.000 metros.» Suprimiendo un cero, y fijándose sólo en esta equivocada lectura, y no en las montañas, como supone el Sr. Motais, pudo Lambert descubrir que el *diluvium* no pasaba nunca de 300 á 400 metros sobre el nivel de la mar. Si se hubiera fijado en la naturaleza, como debe hacerlo todo prudente geólogo, vería por lo menos los abundantísimos depósitos diluviales de la meseta de Castilla, que en algunos puntos, como en Toro, adquieren unos 80 metros de espesor, en alturas de 600, de 800 y aun de 1000 metros.

(1) Las hemos examinado no hace mucho, con bastante diligencia, en compañía del infatigable P. Monzón, pero no hemos podido hallar en ellas ningún fósil. La capa de loes no suele ser muy espesa, en cambio las del llamado *diluvium gris* tienen á veces una profundidad muy considerable. Merece especial mención una de las cuevas que están enfrente del

De tan graves inexactitudes, pudo el señor Lambert deducir cuanto le agradó; pero sus deducciones son tan opuestas á la ciencia como á la Biblia. (1)

6.º *Argumento.* Admitamos, como no podemos menos de admitir, esa gran inundación geológica, que alcanzó 3500 metros de altura en el Asia; mas con todo eso queda sin

Convento, á cosa de unos 40 metros sobre el arroyo. Un hundimiento producido á gran distancia de la entrada, nos ahorró una larga y penosa escavación. Aparecen cortadas verticalmente las capas del diluvium, mostrándose en el espesor de unos cuatro metros, repetidas veces intercalados los cantos rodados y las gravas con lechos de arena. Es muy curioso ver aquellas piedras, redondas ú ovaladas, todas blancas como la nieve. Rompiéndolas, aparece un gran núcleo negro recubierto de una capa más ó menos gruesa de caliza blanca, que á veces se desprende y figura la cáscara de un huevo.

En otra pequeña cueva, que está cerca de la de Aitzquirri é inmedia al camino, hallamos un molar del oso de las cavernas, con algunos otros escasos fósiles. Entre ellos apareció un gran hueso cortado longitudinalmente, pulimentado y afilado por una punta, que, si bien está bastante roma, revela con todo, á nuestro modo de ver, que allí intervino la mano del hombre. El hueso, para más, está un poco calcinado. Todo cuanto vimos en esta caverna, nos inclina á creer que fué habitada por los trogloditas de la edad del reno. En un abrigo que está ya cerca de Oñate, en el sitio llamado la *Zapata*, hallaron dos alumnos de este Colegio, los Srtos. D. Emilio Aznar y D. Rafael Lecea, un núcleo de pedernal calcinado y muy ahumado, recubierto de una concreción calcárea de cosa de un centímetro de espesor. El ejemplar se conserva en nuestro Museo, para el cual ha sido regalado.

(1) Puede verse una larga é interesante refutación de las ficciones del Sr. Lambert, en el cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II. p. 634 y sig.

explicación un diluvio misterioso, que, en expresión de la misma Biblia, *subió 15 codos sobre los montes que había cubierto*; pues si estas palabras significan algo, deben entenderse al pié de la letra, por lo menos con respecto al horizonte visible de Noé, y para que sean ciertas, no basta una inundación de 3500 metros, se necesita una inconcebible de mucho más de 5000, puesto que el mismo monte Ararat, sobre el cual se dice que *Jesús cansó el Arca*, tiene por altura 5262 metros.

—Este argumento no dejaría de tener su fuerza, si la Geología enseñara positivamente que en el monte Ararat la gran inundación no pudo pasar de la altura de 3500 metros. Mas hoy por hoy, el testimonio es, á lo sumo, negativo. El mencionado monte es poco menos que inaccesible, apenas está explorado; y hasta ahora, al menos que nosotros sepamos, ningún geólogo competente se ha arriesgado á hacer de él un estudio minucioso y detenido. Aun cuando no se hayan podido comprobar los efectos del diluvio á grandes alturas, no se sigue que no existan en realidad; podrán comprobarse en adelante; y aun cuando nunca se acaben de comprobar, tampoco puede deducirse nada de positivo, pues aquellas alturas están cubiertas perpetuamente de nieves y hielos, que hacen imposible todo reconocimiento seguro.

Añádense á esto las condiciones excepcionales en que se halla ese monte, eminente-

mente volcánico. Los prodigiosos trastornos que en él han acaecido, pudieron y debieron borrar casi todos y aun todos los superficiales efectos del diluvio. «A fines de Julio de 1840, un horroroso terremoto ha destruído una parte del Ararat, y los peñascos desprendidos, arrastrados por las aguas que salían del seno de la montaña, han sepultado aldeas enteras en una extensión de 8 kilómetros.» (1) Así pues, pudo muy bien haber quedado todo el mencionado monte cubierto por las aguas de la inundación universal, sin que por eso se puedan descubrir sus efectos hasta las cumbres, que de entonces acá han experimentado increíbles denudaciones. (2) Y no sólo pudo, sino que realmente debió quedar todo cubierto; pues si en otros puntos del Asia alcanzaron las aguas por lo menos más de 3500 metros, allí, donde debieran encontrarse y chocar horriblemente las corrientes de los Océanos, el nivel debió subir de una manera pasmosa, y Noé presencié aquel terrible encuentro, cuando *MULTIPLICATÆ sunt aquæ, et elevarunt arcam in SUBLIME á terra. VEHEMENTER enim inundaverunt.* (3)

(1) *Geografía universal* de Malte-Brun, t. I, p. 534 (Barcelona, 1881).

(2) Ya hemos dicho en el cap. 2.º art. 1.º con el Sr. Arceñin (*Les Glaciers á l'époque quaternaire*) que los Alpes han perdido, por causa de las denudaciones, casi la mitad de la masa que tenían al principio del período cuaternario. Véase por ahí cuán mal parada debió quedar, desde el diluvio hasta la fecha, la superficie de las cumbres del Ararat.

(3) *Génesis*, VII, 17, 18.

De que no se hayan hallado hasta el día, en el Asia, los efectos del diluvio á alturas superiores á 3500 metros, no puede seguirse, repetimos, que no las haya alcanzado en muchos puntos, todavía mal explorados, y en algunos de los cuales no será difícil que se reconozcan aquellos más tarde. En la misma América, como está mejor estudiada, se han podido ya reconocer esos efectos de la gran inundación aun en alturas de 4000 metros, según hemos visto en otro lugar. (1)

Pero aun dado que se llegara á demostrar lo indemostrable, conviene á saber, que el Ararat no quedó todo cubierto por las aguas, nada puede deducirse contra la verdad del diluvio bíblico. El Génesis nos dice que el Arca se detuvo, sobre las *montañas del Ararat*; por *Ararat*, en hebreo, no se entiende precisamente el monte que hoy lleva ese nombre, sino á la *Armenia* en general. El Arca se detuvo sobre las *montañas de la Armenia*, esto es, y no otra cosa, lo que nos dice la Biblia. ¿Qué montañas fueron aquellas, pues en la mencionada región hay muchas? No lo podemos saber con certeza. Beroso dice que se detuvo en los montes Gordianos; el cantor de Izdubar afirma que fué en las montañas de Nizir; pero estas son hoy completamente

(1) En el mismo cap. 2.º art. 1.º V. Vilanova, *Geología*, p. 369.

desconocidas. (1) Pudo pues muy bien detenerse sobre ciertos montes más bajos desde los cuales todo el horizonte apareciera recubierto por las aguas, y la verdad del relato del Génesis persevera íntegra. Pero lo cierto es que las más seguras tradiciones nos llevan á reconocer que se detuvo en el monte Ararat, y que no hay ninguna razón para negar que las aguas subieran quince codos por encima de las montañas que hoy se conocen con ese nombre.

(1) Véase lo dicho en el cap. 1.º, §, VI; y al Sr. Vigonroux, *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 279 y 280.



CAPÍTULO VI.

—«=»—

FECHA MÁS PROBABLE DEL DILUVIO.

~~~~~

### ARTÍCULO I.

DIVERSAS CRONOLOGÍAS.—RELACIÓN DEL DILUVIO CON LA CONSTELACIÓN DE ACUARIO.—ACÉPTASE COMO MÁS PROBABLE LA FECHA SEÑALADA POR SMYTH.



ESTANOS ahora examinar la data del diluvio. Ya hemos visto como se maravillaba el gran Cuvier (1) de que todas las tradiciones convinieran, no sólo en reconocer la realidad de la gran catástrofe, sino también en colocarla casi en el mismo tiempo, es decir, de cuatro á cinco mil años antes de este siglo.

(1) *Discours sur les Révolutions du Globe.*